



BEING EUROPEANS TODAY: A PATH TO IDENTITY

BETWEEN PAST AND FUTURE

FUNDACIÓN CÁMARA DE DIPUTADOS ITALIANA

Roma, 9 de febrero de 2007

Ser europeo hoy es estar seguros de nuestra identidad. Esta certeza un requisito esencial para hacer frente a los retos del mundo de hoy.

Es un gran honor poder departir sobre un asunto tan sugestivo como el que hoy nos convoca. ¿Qué significa ser europeos hoy?

Alrededor de esta mesa estamos personas con una experiencia pública muy diversa, bien en la política o en el mundo de la comunicación y el pensamiento. Es seguro que tenemos ideas muy distintas sobre las cuestiones sociales y públicas. Y, sin embargo, nos une una misma identidad europea, a pesar de las diferencias ideológicas, de origen nacional.

El aspecto más fácil de la cuestión que nos ocupa es, sin duda, identificar las raíces morales, filosóficas y culturales de Europa. Europa es sobre todo una comunidad de naciones, unida por los principios y valores de la tradición cristiana, o judeocristiana si se prefiere, de la herencia clásica greco-romana y de la Ilustración.

Ser europeo hoy significa, por tanto, la asunción plena de los derechos y deberes asociados a la libertad individual y la igualdad ante la ley. Lejos del principio abstracto, la identidad común europea es el ejercicio, real y cotidiano, de la libertad de pensamiento, la libertad de expresión, la igualdad entre hombres y mujeres y la tolerancia a las ideas y creencias ajenas, pero sin renunciar a las propias.

Es indudable que esta definición de lo europeo tiene vocación de universalidad, que es un elemento esencial que viene precisamente de nuestra herencia cristiana. No soy capaz de entender la moderna teoría de los derechos humanos, que son derechos que todas las personas tienen con independencia de sus circunstancias culturales, sociales o económicas, sin la idea de fraternidad universal, que nace de la idea judeocristiana de ser todos hijos de un mismo Dios.

La tradición cristiana y su plasmación en la sociedad abierta son propias del viejo continente. Pero también son propios de las *nuevas europas*: de las naciones libres en África, Oceanía y Asia, además de las repúblicas americanas.

Son propios, en resumen, de lo que conocemos como Occidente.

Estos principios y estas prácticas que definen Europa son elementos cuya aceptación es, en apariencia, incuestionable. No obstante, la realidad es diferente. Si identificar las raíces del ideal Europeo es fácil, predecir su futuro es una empresa infinitamente más compleja.

Y más preocupante.

La libertad heredada de nuestra tradición judeocristiana, occidental, es una realidad frágil. Las amenazas contra la libertad emergen en dos frentes: los enemigos externos; y el imperio del relativismo moral que reina en el mismo corazón de Europa.

En primer lugar, la supervivencia de nuestras prácticas democráticas y nuestra sociedad libre esta hoy amenazada de muerte. Amenazada por el terror del islamismo radical. Amenazada por populistas. Amenazada por regímenes dictatoriales que han abandonado el concierto de las naciones. En resumen, amenazada por aquellos que odian la libertad.

En segundo lugar, aún más preocupante, aún más grave y aún más peligrosa, es la falta de autoestima cultural. La ausencia de certeza en la bondad fundamental de la civilización occidental.

La autoproclamadas elites intelectuales de Occidente llevan mucho tiempo cuestionando los principios cardinales, de los valores que sustentan Occidente, de lo que ha hecho posible a lo largo de la Historia el milagro de Europa. Los intelectuales de la disconformidad, llamémosles así, han desertado de los principios y valores que sustentan Europa.

Una parte muy significativa de los escritores, pensadores y “creadores de opinión” occidentales han rechazado el valor de la responsabilidad individual; niegan la necesidad de la familia; y dudan de las virtudes del trabajo unido a su justa recompensa.

A la libertad individual han opuesto los presuntos derechos de colectividades minoritarias, erosionando el principio elemental de la sociedad democrática. A la familia han opuesto estilos de vida alternativos, muy respetables pero en absoluto equiparables a esta institución secular, comprometiendo así el elemento principal de vertebración de la sociedad y de transmisión de los valores que la sustentan. A la satisfacción en el trabajo y el esfuerzo propio, han opuesto la gratificación inmediata y la dependencia de un Estado que ha pasado de ser garante de derechos y libertades a inmiscuirse en todos los aspectos de la vida de las personas, adormeciendo el principio de responsabilidad y, a la postre, disminuyendo nuestro ámbito de libertad.

A esto se añade la mala conciencia por los errores, reales e imaginarios, del pasado de Europa. En el relativismo moral resultante, la libertad individual y la igualdad ante la ley ya no se contemplan como bienes absolutos.

Como resultado, Europa ha perdido las defensas ideológicas de su propia identidad. El sometimiento a la ley y el respeto a la libertad de pensamiento se supeditan a la presunta sensibilidad de minorías étnicas y religiosas. Las libertades de la mujer, fundamentales en París, Londres o Madrid se consideran por algunos prescindibles en Jartúm, Bagdad o Kabul.

Como Lord Acton les recordaba a sus contemporáneos, preservar la libertad requiere fortaleza espiritual. En la Europa de hoy, la debilidad y la confusión intelectuales y morales han generado parálisis política.

El deterioro en la autoestima cultural de Europa, el cuestionamiento de la propia identidad, se traducen en abulia y la ausencia de convicción moral.

Privados de la fortaleza espiritual de la que habla Lord Acton, los europeos hacemos dejación de nuestras responsabilidades y esperamos que un estado asfixiante sustituya al esfuerzo individual.

Presa de la incertidumbre moral, Europa no es capaz de sobrellevar la presión de una inmigración creciente. Se genera entonces miedo a un cuerpo social culturalmente extraño. Surge así la desconfianza hacia las instituciones establecidas claramente incapaces de ofrecer soluciones. La consecuencia es el crecimiento alarmante de opciones que propugnan opciones identitarias excluyentes.

Pero si el presente se ofrece lleno de peligros y amenazas, el pasado nos muestra la inmensa fortaleza interna de la civilización occidental y de Europa. Hay elementos poderosos para el optimismo. Nuestro pasado de éxito nos debe inspirar para triunfar en el futuro.

Y ese optimismo nace al contemplar el éxito de Europa como proyecto que ha consolidado la libertad, que ha generado prosperidad y que ha asentado la paz entre las naciones de este viejo continente.

La supervivencia de la identidad común europea precisa, ante todo, de un nuevo liderazgo moral. Los principios estériles de la disconformidad intelectual deben ser reemplazados por el cuidado de la fértil tradición que está en la base de Europa.

La autoflagelación permanente debe sustituirse por el orgullo en la propia identidad. Que no es incompatible con la reflexión sobre los errores del pasado. La humillación auto-impuesta debe reemplazarse por la certeza en la integridad moral de la tradición occidental de la que Europa no es más que una parte.

Europa necesita un liderazgo fuerte, capaz de recordarle al ciudadano que los valores occidentales deben ser defendidos allá donde se vean amenazados. La paz y la concordia solo pueden existir sobre la base del respeto a los derechos inalienables del hombre.

Europa necesita un liderazgo fuerte, dispuesto a intervenir allá donde sus intereses lo precisen. Líderes conscientes de que la principal garantía para la seguridad del continente es una alianza atlántica basada en la mutua confianza y la equidad en el esfuerzo.

Europa necesita un liderazgo fuerte, capaz de rescatar la creatividad del individuo a través de mercados más libres y más eficaces. Los Estados europeos deben abandonar el proteccionismo caduco que perjudica a las personas, reduce la competitividad y frena la creación de empleo.

Por encima de todo, los europeos necesitamos redescubrir los valores de la tradición occidental; reconciliarnos con nuestra propia identidad cultural; y ampararla de los peligros que la acechan.